Yukio Mishima

Una vida en venta

Traducido del japonés por Keiko Takahashi y Jordi Fibla

Alianza Editorial

Título original: *Inochi Urimasu*

Primera edición: 2018
Primera reimpresión: 2022

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

Copyrigth © 1968, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved
© de la traducción: Jordi Fibla Feito, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-124-4
Depósito legal: M. 4.734-2018
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Tentaciones al leer a un Mishima inesperado

Cuando Mishima empezaba a relacionarse, en la redacción de la revista *Ronsou* (Controversia), con un grupo de estudiantes contrarios a los activistas de izquierda que entonces dominaban en las universidades de Tokyo, les propuso un juramento por el que se comprometían a constituir la base del Japón imperial: «Juramos con el espíritu de auténticos hombres de Yamato alzarnos espada en mano contra cualquier amenaza a su cultura y a la continuidad histórica de nuestra patria». Tras redactar estas palabras, Mishima se hizo un corte en el meñique con un cortaplumas y pidió a los demás que le imitaran. Todos vertieron sangre de sus dedos en una taza, hasta llenarla. Entonces cada uno firmó el papel del juramento, mojando el pincel en la sangre. Algunos se marearon y uno tuvo que salir corriendo de la estancia para vomitar. Después de la firma, el escritor sugirió que se bebieran la sangre. Pidió que trajeran un salero, la sazonó y se llevó la taza a los labios para tomar un sorbo. Los estudiantes hicieron lo mismo. «Menuda pandilla de Dráculas estáis hechos», comentó Mishima al ver sus labios y dientes enrojecidos, y se echó a reír.

Poco después, en 1968, formaba con aquellos y otros estudiantes la organización *Tatenokai* (Sociedad del Escudo), un pequeño ejército privado cuyos miembros se adiestraban al pie del monte Fuji. El escritor se dedicaba a esa actividad, practicaba kendo y culturismo, y escribía. En ese año de 1968 publicó siete textos, entre narrativa y ensayos, sin contar con el himno de la organización que él mismo compuso. Uno de los textos fue la novela breve *Una vida en venta,* que apareció inicialmente por entregas, como es habitual en Japón, en la edición nipona de la revista *Playboy*.

Esta obra provoca diversas tentaciones. Por ejemplo, la de ver una conexión entre la repugnante escena en la redacción de *Ronsou* y el relato de vampirismo que Mishima incluye en la novela y del que tal vez la idea de beber la sangre sobrante, tras haberla utilizado como tinta, fuese la inspiración. También resulta tentador interpretar como un desprecio de la crítica la imagen surrealista de los caracteres del periódico que se convierten en cucarachas. Por entonces Mishima estaba escribiendo la que sería su obra maestra, la tetralogía *El mar de la fertilidad,* y tenía sed de reconocimiento. El año anterior se había llevado una profunda decepción al no recibir el premio Nobel, según cuentan sus biógrafos. Ahora se lo habían concedido a Kawabata y, aunque se deshizo en elogios de su amigo y mentor galardonado, le comentó a un conocido que pasarían por lo menos diez años antes de que recayera en otro japonés. Evidentemente, él no tenía intención de vivir diez años más y soportar lo que el tiempo le hace a un cuerpo por mucho deporte y culturismo que practique.

La insatisfacción de Mishima con la crítica venía de lejos. Había llegado a la cima de su fama en 1956, cuando publicó *El Pabellón de Oro*. Al cabo de tres años, *La casa de Kyoko,* su novela más larga hasta la fecha, en la que trabajó durante un año y medio, algo insólito en él, y que, según el diario que llevó mientras la escribía, le había costado enormes esfuerzos, fue acogida unánimemente con frialdad por los mismos críticos que hasta entonces habían puesto su obra por las nubes. Todos consideraron la novela como el primer gran fracaso de Mishima.

Diez años después, cuando escribió este aparente divertimento que es *Una vida en venta,* la amargura por el desdén que mostraron incluso los críticos japoneses que él más valoraba hacia *La casa de Kyoko,* así como la no menos tibia recepción que dispensaron en 1963 a *El marino que perdió la gracia del mar,* que además tuvo una cifra de ventas modesta, señalando un claro declive de la popularidad de Mishima, podría haberle hecho imaginar esas cucarachas que son un travestismo de las frases de un periódico, tal vez en las páginas de la sección de cultura. Desde luego, la intención declarada de esa imagen es la de simbolizar la falta de sentido del mundo y la insignificancia de la vida, pero la tentación de suponer una sutil venganza de quienes negaron el pan y la sal a su libro más difícil, mientras que habían elogiado otros que, a su modo de ver, eran de calidad muy inferior, es demasiado fuerte. Hanio es un creador a su manera, un redactor publicitario de méritos reconocidos en su medio, como Mishima es un creador literario de fama mundial, y si uno veía la futilidad de la vida en los caracte-

res del periódico convertidos en cucarachas, tal vez el otro viera en los repugnantes insectos la inanidad de los críticos que no le comprendían.

Una tercera tentación sería identificar a Hanio, el protagonista de la novela, con el autor, cosa que, en principio, no parece desencaminada, ya que Hanio tiene una obsesión con el suicidio que Mishima también tenía. No era lo mismo haber leído la obra cuando se publicó por entregas en *Playboy,* en 1968, que cuando se hizo la primera edición en forma de libro en 1998. Entre las dos fechas se intercaló el incidente que dejaría estupefacto tanto al mundo literario como a los japoneses que habían dejado muy atrás las aspiraciones imperialistas y para los que el *seppuku* era una reliquia que solo se veía en las películas de época. El suicidio ritual de Mishima sigue prestándose a diversas interpretaciones, la menos sólida de las cuales es la de que entre el genio y el loco no hay más que el espesor de una hoja de papel. En cualquier caso, es inevitable que su acto tiña de algún modo la lectura de cualquiera de sus obras y hasta induzca a establecer paralelismos que no lo son tanto.

Como aspirante a suicida, Hanio es todo lo contrario de Mishima. Este dejó bien claro en sus escritos, en sus declaraciones, en su película *Yuukoku* (Patriotismo), una representación milimétrica del *seppuku,* que consideraba el suicidio ritual japonés como la manera honorable de quitarse la vida. Contraponía el valiente *harakiri,* como se dice coloquialmente, al suicidio derrotista. Y un suicidio derrotista es lo que intenta Hanio cuando engulle el frasco de somníferos.

¿Cuál debió de ser la postura del autor respecto a su personaje? Yo diría que la del hombre anónimo que envía a Hanio una carta en respuesta a su anuncio de «Vida en venta», donde le dice que antes de la guerra se hablaba del «augusto pueblo japonés» pero que ahora ese pueblo vive en un mundo economicista. «El mundo dominado por el dinero todopoderoso siempre me ha indignado, pero la existencia de personas como tú hace que sea imposible evitar que la plutocracia se apodere de la vida.» Sin embargo, es posible que Hanio encarne también alguna faceta de su creador, aunque la radical incompatibilidad de sus respectivas ideas del suicidio los aleje en ese aspecto. En el diario que acompañó a la escritura de *La casa de Kyoko,* Mishima anotó: «Cuando desarrollo un personaje en una de mis novelas, a veces siento que está muy cercano a mi manera de pensar, pero otras veces lo alejo de mí y hago que se desvíe y actúe como un ser independiente».

También siente uno la tentación de pensar que *Una vida en venta* podría ser un acto de exhibicionismo literario, una pequeña travesura por parte de un autor contradictorio que, pese a la ingente obra que produjo en pocos años, encontró tiempo para ejercer el narcisismo, como evidencian las películas de yakuzas en las que intervino o el álbum de fotos *Barakei,* publicado en España con el título *Muerto por las rosas* en 1966. Con *Una vida en venta,* parece como si se hubiera propuesto demostrar, con brevedad pero sin dejar margen a la duda, la capacidad que tenía de escribir sobre lo que se le antojara, por más que prefiriese atenerse a sus obsesiones, de desarrollar en muy pocas páginas una com-

plicada trama en la que se entreveran una organización delictiva secreta y una red de espionaje, dotándola de ribetes cómicos, y ensamblarla con un relato de vampirismo a la japonesa, donde el móvil principal es la idea confuciana de la piedad filial, haciendo que el lector, seducido por el ritmo cinematográfico del relato, que transcurre en ambientes mórbidos y en ocasiones entre oníricos y surrealistas, una de esas intrigas retorcidas que incitan a devorar las páginas para ver en qué acaba todo, acepte de buen grado el inverosímil injerto.

Si en su vocación de suicida Hanio se aparta radicalmente de su creador, comparte con este una visión nihilista del Japón que, tras el periodo de posguerra, está a punto de alcanzar el llamado milagro económico. Le cuesta encontrar un sentido de identidad en un país que, a su modo de ver, ha dado la espalda a sus valores tradicionales para abrazar sin reservas los más prosaicos de las sociedades occidentales. El Japón que ven Hanio y Mishima es feo, lo es tanto en su paisaje urbano como en sus habitantes. La joven con la que Hanio traba conversación en un bar de ligues antes de ingerir el somnífero tiene, literalmente, la cara «aboniatada», el aliento del inspector de policía es fétido, los extranjeros despiden un efluvio dulzón y persistente que debe de ser su olor corporal, la anciana del hostal donde Hanio se refugia tras huir de Reiko, una mujer descortés y con demasiado blanco en los ojos, trae a la mente la figura de Celestina, el casero traza círculos con la lengua en el interior de la boca, «como si guardara un resto de comida en algún recoveco y lo rumiara para volver a saborearlo», el

anciano que le ha hecho el primer encargo en su último encuentro se quita la dentadura postiza, con los restos adheridos de los cacahuetes que ha estado masticando, y se la enseña a Hanio. Por no hablar del repugnante método empleado para descifrar los telegramas codificados... pequeños detalles que se suman para dar la sensación de un mundo repulsivo y que son como bocetos de Grosz. En cuanto a la ciudad, la presenta como un nido de termes, aunque su juventud noctámbula más bien evoque el plancton de un mar abisal.

Arthur Miller, que admiraba a Mishima, decía de él que era surrealista y muy erótico, que creaba mitos enormes con una gran economía de medios y que sus novelas eran visiones comprimidas. Todo ello se encuentra en esta novela breve, donde «la sangre salía furtivamente por debajo del cuerpo como si lo hiciera con astucia, como si huyera aprovechándose de la confusión»; donde la esencia del suicidio que Mishima llamaba derrotista se expresa precisamente con una visión comprimida: «Ahora que le embargaba una agradable sensación de abandono a sus impulsos, no le apetecía levantarse para coger el paquete de tabaco que tenía delante de sus narices. Las ganas de fumar existían, pero levantarse para coger el tabaco que estaba fuera del alcance de su brazo extendido le parecía un trabajo tan pesado como empujar por detrás un coche averiado. Eso era el suicidio, en pocas palabras»; donde se dice que «tanto la vida como la política son más superficiales de lo que se cree. Claro que para poder pensar así hay que estar dispuesto a morir en cualquier momento. Es el deseo de vivir el que

hace que uno lo vea todo complicado y misterioso». En cuanto al erotismo, aparte del «ejercicio» estratégico con Ruriko, es omnipresente pero contenido, expresado por detalles como una horquilla de pelo entre las sábanas o una mancha de sangre «en forma de pajarillo».

Si la edición de los años noventa tuvo una tibia acogida, esta vez una nueva generación de japoneses se ha dejado tentar por un Mishima inesperado, un autor al que mantenían a distancia, reacios a leerlo porque tenían la vaga idea de algo que Donald Keene ha explicado en uno de sus ensayos sobre él: «No vaciló en recurrir a ideogramas y vocablos poco usados cuando correspondían exactamente al matiz de significado que deseaba. Sus pensamientos y percepciones solían ser complejos en extremo. El uso de la lengua japonesa para una expresión intelectual en vez de emocional es un aspecto de su clasicismo». *Una vida en venta,* engañosamente sencilla, contiene en pocas páginas la esencia de Mishima y, para sorpresa de muchos que lo tenían por uno de los huesos más duros de roer de la narrativa japonesa moderna, permite hacer algo que solo es posible con muy pocas de sus obras: leerla de un tirón.

Jordi Fibla

Una vida en venta

1

Cuando Hanio despertó, la luz era tan intensa que creyó hallarse en el cielo. Sin embargo, persistía el dolor en la zona occipital, y no es posible que a uno le duela la cabeza en el cielo. Lo primero que reconoció fue el cristal pulimentado de una gran ventana desprovista de cualquier adorno en un entorno excesivamente blanco.

—Parece que se ha despertado —dijo alguien.

—Menos mal. Le he salvado la vida. Qué bien voy a sentirme durante todo el día pensando en ello.

Hanio se esforzó por alzar la cabeza y vio a una enfermera y un hombre rechoncho con uniforme de bombero.

—No, no se mueva —le dijo la enfermera, empujándole suavemente los hombros—. Todavía tiene que evitar los movimientos bruscos.

Entonces Hanio supo que había fracasado en su tentativa de suicidio. En el último tren de aquella noche había ingerido un puñado de píldoras para dormir. En realidad, se las tomó con agua de una fuente de la estación y entonces subió al tren.

Se tumbó en una hilera de asientos del vagón casi vacío, y ya no recordaba nada más.

* * *

Su acto suicida no había sido el resultado de profundas consideraciones, sino que el deseo de cometerlo se había apoderado de él repentinamente, aquella misma tarde, mientras leía un periódico del 29 de noviembre en la cafetería donde solía cenar. Deslizaba la vista por las noticias: «El empleado del Ministerio de Asuntos Exteriores era un espía. La redada ha tenido lugar en tres lugares, uno de ellos la Asociación de Amistad Sinojaponesa. Se anuncia un cambio definitivo en el cargo que ocupa McNamara. Tokyo sumida en una neblina de contaminación, primera advertencia de este invierno. Petición de cadena perpetua para el atroz Aono, acusado de intentar la voladura del aeropuerto de Haneda. Un camión ha caído a la vía férrea, colisionando con un vagón. El trasplante de una válvula aórtica de un cadáver a una niña ha sido un éxito. Atraco en una sucursal de un banco de Kagoshima. El asaltante se ha llevado novecientos mil yenes». Todos ellos sucesos cotidianos que no tenían nada destacable. Ninguna de aquellas noticias había impresionado a Hanio. Entonces, de improviso, como si se le acabara de ocurrir que iba a irse de excursión, la idea del suicidio cruzó por su mente. Si insistiéramos en buscar el motivo de su acto, llegaríamos a la conclusión de que había intentado suicidarse porque no tenía ningún motivo para ello. No había sufrido un desengaño amoroso, y aunque lo hubiera su-

frido, no era un hombre que se sintiera impulsado a suicidarse por eso. Tampoco tenía dificultades económicas. Era redactor de textos publicitarios. El anuncio del medicamento Sukkiri, de los laboratorios Goshiki, para trastornos estomacales era obra suya: «Sukkiri hakkiri korekkiri»[1]. En el mundo publicitario se reconocían sus méritos, hasta el punto de que probablemente habría podido independizarse, pero él no tenía en absoluto esa intención. Trabajaba en la agencia Tokyo Ad y estaba satisfecho con el sueldo que le pagaban. Hasta el día anterior había sido un empleado de la mayor seriedad.

Pero sin duda la razón de su tentativa de suicidio tenía que ver con el momento en que hojeaba aquel periódico. Lo hacía desganadamente, repantigado en su asiento, y las páginas interiores se desprendieron de las que él sujetaba y cayeron al suelo bajo la mesa. Hanio debió de contemplar su caída como una serpiente perezosa que observara la muda de su piel. Se propuso recogerlas. Podría haberlas dejado en el suelo, pero probablemente pensó que las buenas maneras le exigían que las recogiese, o tal vez le hiciera decidirse algo más serio e importante, como el deseo de restablecer el orden en el mundo. No podemos saberlo.

La cuestión es que se agachó debajo de la mesa pequeña e inestable y extendió la mano. Entonces vio algo espantoso: encima de una de las hojas había una cucaracha inmóvil, pero en el instante en que movió la mano el insecto de

[1] La originalidad fonética del anuncio es intraducible, pero viene a significar: «Toma Sukkiri y ten la seguridad de que tus molestias desaparecerán en seguida de una vez por todas». *[N. de los T.]*

color caoba lustroso huyó velozmente y se perdió, confundido con los ideogramas impresos. A pesar del asco que sentía, Hanio tomó las hojas, dejó las que había estado leyendo sobre la mesa y se puso a leer las recogidas del suelo. Todos los ideogramas se transformaban en cucarachas. Cuando intentaba leerlos, huían mostrando sus oleosos lomos de un negro rojizo. De repente comprendió que era así como estaba hecho el mecanismo de la vida y, una vez lo supo, experimentó un irreprimible deseo de morir. Lo mismo que un buzón rojo en un día nevado, que queda muy bien con su gorro de nieve en la parte superior, desde aquel momento la muerte le sentó a la perfección.

Se sentía alegre sin saber por qué. Entró en una farmacia y compró el somnífero, pero pensó que sería una lástima tomarlo de inmediato. Entró en un cine, vio tres películas seguidas y, al salir, fue a pasar un rato en un bar de ligues al que iba en ocasiones. Una joven entrada en carnes y de aspecto inocente que no le despertaba el menor interés se sentó a su lado y él no supo qué hacer, aunque estaba deseando confesar que iba a suicidarse al cabo de un momento.

Empujó ligeramente con su codo el grueso codo de la joven. Ella, tras mirarle de soslayo, se movió perezosamente en la silla hacia él, como si estuviera haciendo un esfuerzo extraordinario. Entonces contrajo la cara aboniatada y se echó a reír.

—Buenas noches —le dijo Hanio.

—Buenas noches.

—Eres muy guapa, ¿sabes?

—Ja, ja.

—¿Imaginas lo que voy a decirte ahora?

—Ja, ja.

—No te lo imaginas, ¿eh?

—Bueno, algo sí que puedo imaginar.

—Esta misma noche voy a suicidarme.

En vez de mostrarse sorprendida, la joven soltó una carcajada. Se metió en la boca un trozo de *surume*[2] y lo masticó mientras se reía. El olor del *surume* asaltó el olfato de Hanio.

En aquel momento se les acercaron unos hombres que debían de ser amigos de la muchacha, y ella, saludándoles con exageradas sacudidas de la mano, se levantó del taburete y se marchó con ellos sin despedirse de Hanio. También él salió del bar, un tanto irritado porque la chica no se había creído que fuera a matarse. Todavía faltaba bastante tiempo para el último tren, pero su decisión de tomar ese y no otro era firme, y tenía que encontrar la manera de pasar el rato. Entró en un salón de *pachinko* y se puso a jugar. Acertaba en todos los orificios y las bolitas salían sin cesar de la máquina. Aquella ilimitada cantidad de bolitas ganadas cuando había llegado al final de su vida parecía una broma estúpida.

Por fin llegó la hora del último tren.

Hanio entró en la estación, cruzó el acceso al andén, engulló las píldoras con el agua de una fuente y subió al tren.

---

[2] Calamar seco sazonado que se come como un tentempié. *[N. de los T.]*

2

Al fracasar en su tentativa de suicidio, de alguna manera se abrió ante Hanio un mundo vacío, espléndido y libre. Desde aquel día se fueron interrumpiendo los hábitos cotidianos que hasta entonces le habían parecido eternos, y tenía la sensación de que todo era posible. Los días se iban para no volver, un día tras otro dejaban de respirar, y él podía verlos claramente, como si fuesen ranas muertas panza arriba puestas en hilera. Presentó su dimisión en la agencia Tokyo Ad y, como la empresa era próspera, le pagó una buena suma en concepto de finiquito. Así podría llevar una clase de vida sin restricciones por parte de nadie. Puso un anuncio en la sección de solicitudes de empleo de un periódico de poca monta. Decía así: «Vida en venta. Quien la compre puede utilizarla como le plazca. Soy un varón de 27 años. Garantizo que guardaré el secreto y que no causaré ningún inconveniente». Adjuntaba su dirección. En la puerta de su apartamento fijó un anuncio en inglés con una caligrafía de buen gusto: «Life for Sale. Hanio Yamada».

El día de la publicación del anuncio no se presentó nadie. El tiempo transcurría, vacío, sin nada que hacer, pero